

EL AMOR EN EL CORAZÓN DE LA POLÍTICA

▣ LUIS FERREIRO

Director de *Acontecimiento*

Al igual que en otras épocas, una mirada a la política actual nos ofrece el espectáculo de un campo de batalla, donde la fuerza y la astucia predominan. No parece la política terreno apropiado para actitudes de amor que, presumiblemente, exhibirían su debilidad e ingenuidad congénitas, manifestando el político que así actúa su nulo realismo y su suprema ineficacia.

Pascal calificaba de ridícula la pretensión de imponer por la fuerza el orden del amor. Parecería también ridículo que el amor exigiera el sometimiento del orden de la fuerza y de la astucia a su reino altruista. Sin embargo, ambos ridículos no son inversamente simétricos. El primero ignora la libertad de la persona a la que se impone amar, en cambio, el segundo invoca la libertad de la persona para que deponga voluntariamente la fuerza y la inteligencia egoísta. Por eso, la presencia del amor en la política, consciente de la estadísticamente imposible conversión de todos al amor, se sostiene solamente si está armada de esperanza e inspirada por una fe, esto es, por el conocimiento de valores todavía no realizados.

EL REALISMO DEL AMOR

La sociedad humana no es posible sin amor, pues el amor radica en las personas que la forman, esta es la realidad. Aunque la justificación de las acciones egoístas a lo largo de los últimos siglos haya consagrado una visión del hombre como un ser impermeable a la



compasión, y aunque esta visión haya acabado siendo un dogma de las ciencias sociales, todo esto es abstracción, pese a que, a medida que ha sido creída y aceptada, ha ganado terreno en los comportamientos prácticos y se ha convertido en un supuesto incuestionado de la acción política y económica.

Ronald Dworkin, en su genética de poblaciones, explica la sociedad por medio de tres tipos de individuos básicos: los **ingenuos**, que hacen el bien sin mirar a quien, los **rencorosos**, que miden lo que dan por lo que reciben, y los **tramposos**, que están al acecho de cualquier descuido de los demás para su provecho propio. En este esquema, los ingenuos tienden a desaparecer, pero su desaparición haría imposible la pervivencia de los demás, la sociedad se transformaría en una invivible jungla de la trampa y del ojo por ojo y diente por diente.

Es obvio que una sociedad exclusivamente formada por tramposos es autodestructiva, pues si todo el mundo pretende vivir de engañar, robar o estafar a los demás, no habrá de quien beneficiarse. Una sociedad formada sólo por explotadores es un imposible lógico. Pero tampoco se subsana el problema agregando individuos rencorosos que blanden la divisa «do ut des», y que sólo están dispuestos a ejercer la reciprocidad del contrato. La desconfianza les llevaría a no ser jamás los primeros en dar y se plantearía el problema insoluble de quién da primero. La justicia es necesaria, la verdad también, pero no menos la amistad: «Sicut autem non possit homo vivere in societate sine veritate, ita nec sine delectatione»¹.

Es imprescindible encontrar a alguien que dé primero, incluso sin esperanza de recibir, para que haya sociedad. Pero hay que estar muy ciegos para no ver que esto es así de forma cotidiana y muy frecuente, aunque sea limitadamente. El célebre economista y premio Nobel Paul A. Samuelson lo reconoció plenamente cuando, después de siete ediciones de su manual de economía, se vio obligado a introducir la palabra amor en el índice, porque, dijo, «no es que se me hayan reblandecido de pronto los sesos. Más bien se me ha despejado la cabeza con cierto retraso: para explicar los hechos científicos que tenemos que explicar, si no hubiese existido el amor habríamos tenido que inventarlo».

1. Sto. Tomás, II-II, 114-2, citado por J. L. L. Aranguren, *Ética*, Madrid, 194, p. 253.

Continúa Samuelson, diciendo que en la universidad le enseñaron que la primera y única ley de la economía es que todo tiene un precio, pero a esto replica: «¿No hay nada gratuito? Qué disparate. Una ley científica con sólo cuatro billones de excepciones. Si fuera verdad eso, ningún miembro de la especie humana sobreviviría ni siquiera una semana»². Samuelson se da cuenta de que consumidores y productores, electores y elegidos, somos, antes que nada, mamíferos, y señala a la leche materna como evidencia de que lo gratuito es el fundamento de la economía y, habría que añadir, de la sociedad.

Por tanto, es una verdad no sólo metafísica la afirmación de Aranguren: «la justicia... es limitada... porque su tarea es infinita... no es el *ordo iustitiae*, sino el *ordo amoris*, el primer fundamento de la realidad»³.

EXPULSIÓN DEL AMOR, DESTRUCCIÓN DE LA SOCIEDAD

Al menos desde Machiavelo y Hobbes, el amor ha sido expulsado sistemáticamente de la política. No quiere esto decir que los políticos anteriores fueran monjitas de la caridad. No. Fueron tan crueles como el que más en los últimos cinco siglos. Lo que queremos significar es que desde entonces se ha impuesto el convencimiento de que la política va por libre frente a la ética, que el amor ha sido suprimido como algo ajeno a la política e ineficaz para el logro de sus objetivos.

Cinco siglos de error han llevado a «la deshumanización de la humanidad» inmersa en una impropia comunidad de «hombres y engranajes», en el que el hombre masa se ha convertido en «engranaje de una gigantesca maquinaria anónima. Este es el destino de aquel semidiosos renacentista que reivindicó su individualidad, que orgullosamente se levantó contra Dios, proclamando su voluntad de dominio y transformación de las cosas. Ignoraba que también él llegaría a transformarse en cosa»⁴. La «deshumanización de la humani-

dad», de la cual la deshumanización de la política fue vanguardia, fue el resultado, como dice Sábato, «de dos fuerzas dinámicas y amorales: el dinero y la razón», que actuaron como poderosas espadas flamígeras que expulsaron y mantuvieron fuera de la política las exigencias del amor.

Con la expansión de la revolución francesa, la razón y el dinero destruyeron el reino del padre y proclamaron el reino de la fraternidad. Desde Platón hasta entonces la humanidad había vivido en un régimen dominado por el amor paterno y la veneración filial debida al padre. En *Las Leyes*, Platón se preocupa de que la comunidad reconozca y agradezca a Dios y a los héroes fundadores, autores de la constitución, la forma de vida civilizada y justa que éstos les han dado. La justicia, las leyes y la autoridad vienen de lo alto, el futuro habría de ser el pasado perfeccionado.

La revolución francesa comienza por abolir el amor paterno filial, cuya degradación había conducido al abuso y la opresión de los monarcas absolutos, que, bajo la forma del paternalismo y la beneficencia, ejercían la tutela de un pueblo declarado menor de edad. La revolución de 1789 avanzó con el lema *libertad, igualdad, fraternidad*. La fraternidad aparecía al final, como resultado de un proceso que comenzaba por la libertad conquistada al despotismo, medio por el cual se lograría la igualdad, medio a su vez para alcanzar el fin último de la fraternidad⁵. Esta larga escalada fiaba para muy largo la meta final de la fraternidad, que, además, tenía un trasfondo religioso poco deseable para quienes propugnaban el secularismo, por lo cual sería progresivamente sustituida por una palabra más neutra: *solidaridad*. En versión del Partido Socialista francés, el lema se transformó en *libertad, justicia, solidaridad*. Y es que si la fraternidad no se reconoce espontáneamente como principio constitutivo de la sociedad, y se la pospone a un futuro indefinido, se la está matando, con el resultado de entregar a la sociedad en brazos de unos engranajes formados por la libertad de los cuerpos, que no de los espíritus, y de la igualdad o

2. Paul A. Samuelson. *Economía desde el corazón*. Barcelona, 1988, p. 19. Se refiere a la población de la tierra cuando escribe (1969), 4.000 millones de personas (los billones son americanos).

3. J. L. L. Aranguren, o. c., p. 254.

4. Ernesto Sábato. *Antes del fin*. Barcelona, 1999, p. 104.

5. Carlos Díaz. *Vocabulario de formación social*. Valencia, 1995, pp. 221-3.

nivelación de los espíritus, es decir, la tiranía de lo inferior sobre lo superior⁶.

REINTEGRAR EL AMOR AL CORAZÓN DE LA POLÍTICA

En el siglo del ascenso del mecanicismo, Blas Pascal comprendió, yendo a contracorriente, que no se asciende de un orden de la realidad a otro por etapas sucesivas. El orden de los cuerpos, del movimiento, de las fuerzas, de la energía, el orden de la inteligencia y el orden de la caridad, son inconmensurables, no se puede saltar de uno a otro. Cada uno de ellos tiene sus posibilidades y sus derechos: «Todos los cuerpos en conjunto, y todos los espíritus en conjunto, y todas sus producciones, no valen el menor movimiento de caridad. Esto es de un orden infinitamente más elevado. De todos los cuerpos en conjunto, no podría obtenerse un pequeño pensamiento: esto es imposible y de otro orden. De todos los cuerpos y espíritus, no se podría obtener un movimiento de verdadera caridad; es imposible y de otro orden sobrenatural»⁷.

La creencia de que el progreso material nos hace mejores éticamente, todavía muy arraigada, proviene de la ingenua creencia en que se puede acceder de un nivel a otro que nada tiene que ver con él. Si fuera así, el burgués siempre sería mejor que el obrero. Así, el pragmatista americano R. Rorty, se equivocaba al creer que «la esperanza [de la especie humana] va más bien en la dirección de que, en el futuro, los seres humanos disfruten de más dinero, más tiempo libre, más igualdad social... se vuelvan más decentes en la medida en que mejoran sus condiciones de vida»⁸. Tampoco el progreso de la inteligencia asegura la bondad del ser humano, pues la inteligencia puede aplicarse a aumentar el mal.

En su origen, el orden de la caridad es absolutamente independiente del orden de los cuerpos y del orden de los pensamientos. Su aportación a la paz y al

desarrollo de la sociedad es original e insustituible, pues si, como hemos visto, el *ordo amoris* es el primer fundamento de la realidad social, toda política que ignore sistemáticamente el amor resultará inhumana. Si se nubla el reconocimiento de que todos los hombres somos hermanos, el resultado será que en alguna parte se cometerán homicidios. Será en las frágiles embarcaciones que transportan inmigrantes al paraíso del Norte; será en las clínicas donde se practica el aborto, convertido además en negocio, contra criaturas inocentes e indefensas; será, tal vez, en guerras criminales impulsadas por el afán de dominio o de riqueza... el único requisito previo habrá sido el desconocimiento de la fraternidad universal.

Pero el amor al que invocamos no es el amor angélico de las almas bellas. El mal es espeso y el ser humano es capaz de lo diabólico. Jean Lacroix describió la dialéctica de la persona como un movimiento alternativo entre el hombre de la fuerza (vitalidad), el hombre del derecho (inteligencia) y el hombre del amor (espiritualidad)⁹. Este último no puede ignorar a los dos primeros, pues haría el tonto por angelismo, pero tampoco puede desentenderse de ellos, pues los abandonaría a la barbarie o a la práctica justiciera (*summum ius, summa iniuria*), su misión es penetrar la fuerza y la inteligencia, transformarlas y dirigir las al servicio de la humanidad total.

Pretender una política sin amor sería tratar a la humanidad como a un objeto manipulable y programable, como a un engranaje en el cual cada persona es reemplazable. Pretender una política basada en la exclusividad del amor sería aspirar a un orden carismático apto para ángeles, pero no para hombres. La fe y la esperanza pasarán, dice san Pablo, y la caridad quedará cuando pase este mundo. Pero mientras este mundo permanezca necesitamos que la fe y la esperanza acompañen al amor, que es lo primero y lo último. Y necesitamos también que la fuerza y la justicia acompañen al amor. □

6. A. Comte-Sponville. *El capitalismo, ¿es moral?* Barcelona, 2004. El autor llama barbarie a este tipo de tiranía: «la barbarie es la tiranía de lo inferior, la tiranía de los ordenes inferiores». Sin embargo, Comte-Sponville concede una autonomía de los ordenes económico y político respecto de la ética que considero inaceptable.

7. Blaise Pascal. *Pensamientos*. Madrid, 1984, pp. 286-7.

8. Richard Rorty. *Filosofía y futuro*. Barcelona, 2002, p. 159.

9. Jean Lacroix. *Persona y amor*. Madrid, 1996, pp. 15-29.